

partió tras de las huellas de Lengua Dorada y de Mohicano su criado.

Towah juró que marcharía con los pies desnudos hasta que no pusiera la cabellera de Mohicano en su cintura....”

El conde Alberto se inclinó; y tocó los pies del indio, que no traía sandalias.

—Towah no ha logrado aún vengarse! contestó este bajando la cabeza.

Toda esperanza de rescate estaba perdida por el conde Alberto de Rosen!....

XI

DOS CORAZONES DE MUGER

Ese francés á quien el indio llamaba la Lengua Derada, y cuyo verdadero nombre debia saber mas tarde Alberto de Rosen, le habia robado un valor de mas de un millon.

—Hácia qué lado se han dirigido esos dos hombres? preguntó Alberto.

—Towah los ha seguido á través de todo México hasta el puerto de Acapulco, en donde se han embarcado sobre un navío que debia dar la vuelta á la tierra por el sur y subir luego al Norte.... Towah sabe el nombre de la bahía donde parará el navío, es un nombre indio.... la bahía Delaware!

—Baltimore! murmuró Alberto de Rosen mientras que doña Cármen volvía la cabeza suspirando.

—Pues vas á partir al momento! dijo el conde.

En lugar de responder, Towah se lanzó hácia él; apoyó sus dos manos sobre sus sienes y se puso á examinar sus ojos con atencion.

—Towah no puede, replicó al fin; su amo tiene necesidad de él.... Towah conoce la virtud de las plantas y devolverá la vista al mayor.

El corazon del conde Alberto se estremeció al escuchar estas palabras. Puede ser, señoras, que no tengais gran confianza en el saber medical de los salvajes. Rosen tiene la opinion contraria, Towah no se jacta jamas de una cosa que no puede. Cuando Towah dice, haré esto, es cosa hecha.

—Dios me concederá esta alegría! exclamó el conde buscando la mano de la bella señorita. Lograré veros, Cármen!

Pero añadió tomando su voz un acento apasionado:

—Volveré á ver á Ellen.

La mano de Cármen se puso helada entre las suyas.

—Cuánto tiempo necesitas para devolverme la vista? preguntó Rosen á Towah.

—Tres meses de estío, respondió aquel. La estacion de las lluvias comenzaba.

Alberto se puso á reflexionar.

—Hace mucho tiempo que estos dos hombres se han embarcado? preguntó al cabo de un momento.

—Cincuenta dias.

Ciertamente, en aquel momento, nada podia hacer que Rosen reuniese en su pensamiento al francés que le habia robado su fortuna y á miss Talbot su novia.

Qué relaciones habia entre ambos?

Pero se sabe por qué puerta entran los presentimientos al alma?

—Me amas y tienes valor, Towah! exclamó de pronto el conde. Es preciso absolutamente que yo tenga noticias de Ellen!

—Hace ya seis meses que Towah marcha con los piés desnudos, respondió el Pannie. Pero sus piés son duros.... puede marchar seis meses mas aún.

ALFONSO A ALFONSO
UNIVERSIDAD

—Irás! replicó el conde; no te detendrás mas que en Baltimore. Verás á Ellen. Le diros que la amo; le contarás mi desgracia. . . . le juraras. . . . le prometerás, en mi nombre, y por mi honor, ¿me oyes? que me volverá á ver rico y vencedor. . . . La conozco. . . . sabrá esperarme!. . . . Dios no me ha quitado toda esperanza de felicidad.

Cármén puso algunas monedas de oro en las manos de Towah.

—Towah, murmuró ella; le direis á miss Talbot, que Cármén, su hermana desconocida, le envía un beso de paz!

Towah salió del pueblo. Habia prometido no detenerse en ninguna parte en el camino.

El señor don Juan María, que le vió atravesar á grandes pasos la llanura, se frotó las manos y estuvo contentísimo durante todo el dia, con la idea de que el indio iba á buscar el rescate del mayor.

Las horas fueron eternas para todos despues de la partida de Towah.

El conde Alberto contó los dias. Las dulces conversaciones de Cámen no fueron ya bastantes para moderar su ansiedad.

Y sin embargo, Cámen le hablaba incessantemente de Ellen y de la dicha que le esperaba.

Era una alma ardiente, fogosa, pero purísima y santa, la de aquella muger!

Mientras mas se sondeaba aquel corazon, mas y mas se veia cuán grande era el tesoro de ternura y de abnegacion que contenia!

Si el corazon de Ellen hubiera sido como el suyo!

Pero á ésta, el conde Alberto la amaba con toda su alma, con todas sus potencias, con todo su corazon!

Towah tardó mucho en volver. La estacion toda de las aguas, pasó, y tambien una parte del estío.

El conde le decia á Cármén:

—Mirad hácia el nordeste.

La pobre Cármén hacia lo que la hermana Ana desde lo alto de su torre. Miraba con toda la atencion de que eran posibles sus lindos ojos y no veia venir nada.

Una tarde, sin embargo, muy á lo lejos, hasta el último límite de su vista, percibió una especie de punto oscuro que se movia

en la llanura. Su pobre corazon latió con fuerza.

Habia esperado acaso que Towah no volveria?

Rosen se habia acostumbrado á adivinar su pensamiento sin oirla ni verla.

—Hay algo, Cármen? le preguntó.

—No distingo bie aún, dijo la jóven; sin embargo, el punto que se percibe crece y se acerca con rapidez.

—Qué punto?

—Aguardad.... es un hombre.... un hombre á caballo!.... Los rayos del sol poniente le bañan en este momento!.... está medio desnudo!.... Su caballo viene en pelo y trae la crin flotante!

—Towah! exclamó Rosen. Los Panies son ginetes desde que nacen!

—Creo que es, en efecto, el indio, dijo Cármen despues de un momento de silencio. Hace correr á su caballo como si viera furioso!....

—Ah! se interrumpió Cármen con un grito de espanto, el caballo ha caido y ha desaparecido con su ginete en la barranca... Towah!..... es en efecto Towah.... Ya

salió! Towah lo espolea.... echa mano á su cuchillo para escitar mas y mas al animal!.... Parece que tiene alas!

Rosen estaba en la ventana junto con Cármen. Su voluntad hacia un esfuerzo supremo para rasgar el velo que cubria su vista. Hubiera querido adivinar desde lejos, en el rostro del enviado, la noticia que traia.

Un segundo grito de Cármen le hizo estremecer.

—Vuelve á caer otra vez! exclamó. Se levanta y mira á su caballo.... prosigue su camino.... el caballo ha quedado muerto en el sitio!

—El indio trae los piés desnudos? preguntó Rosen.

—Sí.... desnudos y sangrientos.

Rosen pensó en voz alta:

—No se ha vengado aún!

Un cuarto de hora despues, de conformidad con las órdenes dadas por la hija del alcalde, Towah era introducido en la prision.

El sudor inundaba su cabeza pelona. El mechon de cabellos que caia sobre su coro-

nilla le caía á lo largo de las espaldas enteramente empapado.

Se detuvo en medio de la celda, inmóvil y mudo.

Su respiración, entrecortada por la fatiga, no le permitía articular palabra alguna.

Según la costumbre de su raza, aguardaba á que le hablaran para responder.

—Qué tienes que decirme, Towah? preguntó Rosen cuya voz temblaba.

—La Lengua Dorada, replicó el indio, ha engañado á la muger del mayor, como Mohicano engañó á la muger de Towah!

Rosen se puso horriblemente pálido y cayó en los brazos de Cármen.

Towah, siempre en pie é inmóvil, guardó silencio.

—Y ese hombre está vivo? preguntó Rosen haciendo un esfuerzo.

El indio enseñó sus piés desnudos.

—Lo tuve bajo mi tomahak, respondió; pero hay guardas en esas grandes ciudades..... Towah ha permanecido dos lunas en la cárcel!...

Rosen no hizo ninguna pregunta nueva.

Permaneció mas de una hora con la cabeza entre las manos.

Cármen quiso hablarle, pero él la rechazó. Al cabo de una hora se levantó y dijo:

—Es preciso que yo parta.

Cármen se oprimió el corazón con ambas manos porque se sentía desfallecer.

—Partireis, Alberto! dijo sin embargo al cabo de un momento, con voz desfallecida.

Rosen la estrechó entre sus brazos.

A su vez ella le rechazó.

—Towah! dijo Cármen, id á preparar los caballos.... á media noche vuestro amo estará al pié de la trinchera.

Towah dió un paso para salir.

Pero antes de salir, meditó un momento, y vino á arrodillarse ante Cármen.

—Por qué no es esta la muger del mayor? murmuró; pero el rostro pálido no mata á la muger que le engaña.... la ama mucho!

Cármen le señaló la puerta con el dedo.

Una triste y dolorosa sonrisa plegaba sus labios.

Cuando el indio partió:

—Alberto, dijo la jóven; Alberto, vo os

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO RIVERA
MAY 1888

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO RIVERA
MAY 1888

Al fin el extremo de ésta rozó las yerbas que crecían al pié de la torre.

—Partid ahora, dijo Cármen, y que Dios os conceda toda la dicha que yo pude esperar alguna vez.

Rosen la buscó para estampar sobre su frente un ósculo de adios.

Cármen habia huido!.....

Jorge Leslie se cubrió la frente, sobre la cual caían gruesas gotas de sudor, con su pañuelo.

Elena, con el corazón oprimido, y pálida como un cadáver, decia:

—Si no amase á Ellen, amaria á Cármen!

XII

EL PACTO

Jorge estaba también muy pálido.

Bebió un trago de agua, y la marquesa le dijo:

—Descansad un instante, señor Leslie... Todo eso es de un interés prodigioso!

—No tengo ya mucho que contar, señora, contestó Jorge, y deseo concluir desde luego.

Debemos decir aquí que, desde hacia algún rato, las maneras del señor vizconde Enrique de Villiers habían cambiado. Aprobaba con un movimiento de cabeza los pasajes dramáticos, y servía el té discreta-